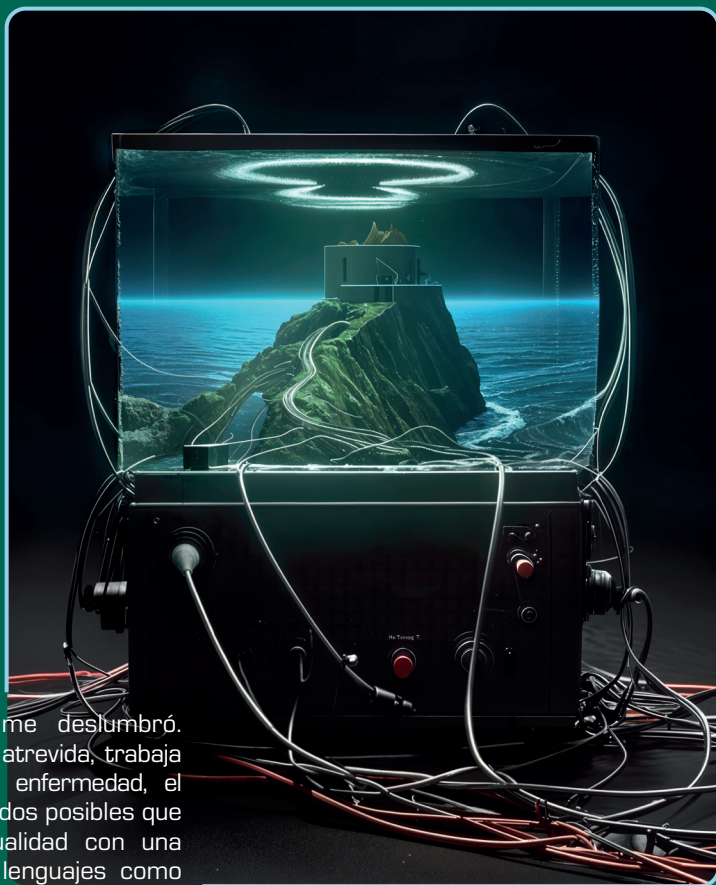


MATERIALES PARA UNA PESADILLA

Juan Mattio



“Esta novela me deslumbró. Triste, política, atrevida, trabaja la memoria, la enfermedad, el duelo y los mundos posibles que ofrece la virtualidad con una noción de los lenguajes como virus y como herencia de enorme inteligencia.”

—Mariana Enríquez

MATERIALES PARA UNA PESADILLA

Materiales para una pesadilla

Mattio, Juan

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Caja Negra, 2024

360 p.; 21 x 14 cm.

[Efectos Colaterales, 15]

ISBN 978-987-8272-30-6

1. Narrativa. 2. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A860

Esta novela se escribió gracias a una beca creativa del FNA otorgada en 2018.

La primera edición fue publicada en la colección Negro Absoluto de la editorial Aquilina en 2021.

© Juan Mattio, 2021

© Caja Negra, 2025

Ilustración de tapa: LABia (Leo Balistrieri y Martín Carpaneto)



Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel Fanego

Producción: Malena Rey / Sofía Stel

Coordinación: Candelaria Pera

Diseño de colección: Consuelo Parga

Diseño de interiores: Tomás Fadel / Consuelo Parga

Maquetación: Natalia Brega

PRIMERA PARTE

“Los muertos nos advierten.”
Memorial de los Socialistas, Berlín

1 / MATERIALES

La escena inicial, deshecha ahora por las sombras de la memoria y la debilidad de la palabra, sucede hace poco más de un año, en diciembre, en las horas que van desde la tarde hasta el amanecer del día siguiente. En ese lapso Katy me cuenta la historia. Estoy sentado en el balcón de su casa, solo, rodeado de mosquitos, agradecido por el calor después de un invierno demasiado largo y demasiado estricto. Un invierno que fue un celador. Algo así. Entonces ella, vestido rojo, uñas pintadas, empieza a contar. Me saco los zapatos y apoyo mis pies sobre las baldosas húmedas. Tal vez había llovido por la mañana, no lo recuerdo. En cualquier caso, mis pies descalzos pisan, esa tarde, las baldosas mojadas, sea de agua baldeada o de agua llovida, y escucho. Estoy solo, como dije, porque salí a fumar en el balcón y Katy está adentro. Abre la ventana del comedor y desde ahí me llega su voz, aunque no la veo. Y cuando empieza a hablar yo siento el miedo, el dolor, la ferocidad. Todo eso que está en la historia y, sin embargo, no en su voz. Su voz es neutra. Quiero decir que, por momentos, me parece que en su voz no hay más que hechos sin ninguna emoción. La máquina, dice, fue hecha por escritores.

Una máquina intangible, al servicio de la muerte, hecha por escritores.

Después de esa primera tarde empecé a imaginar un libro, este libro, hecho con materiales disgregados: citas, fragmentos de conversaciones, pequeñas escenas. Imaginé que lo que se leía era nítido, legible. El problema estaba en encontrar el sentido que así, roto y multiplicado, parecía fugar en todas direcciones. Imaginé esto hace más de un año, cuando empezaba a visitar a Katy, cuando todavía, por las noches, tomábamos whisky desnudos y aterrados y violentos. Porque el amor, supe, violenta la vida para convertirla en otra cosa. El libro era, entonces, lento. Por momentos parecía no llevar a ningún lado. Iba y venía en su propio lenguaje y su lenguaje era nítido, legible, no se percibía como un problema. Y cuando imaginé el libro, hace poco más de un año, empecé a armar fichas en distintas carpetas de mi Gerät: una por la máquina, otra por los servicios de inteligencia, una tercera para pensar la memoria y el lenguaje. El libro que estaba imaginando se convirtió, de a poco, en un sistema. ¿Puede la dispersión ser organizada?

Katy hablaba y movía las manos como si manipulara objetos invisibles, fantasmales cubos de Rubik que armaba y desarmaba al ritmo de la conversación. Se había quedado ciega unos meses atrás y la mayoría de sus gestos todavía eran torpes y fallidos. Yo, como siempre, buscaba una historia. Algo que valiera la pena ser contado. La pena, entendí entonces, no era una metáfora congelada por el uso, era el precio que tenía que pagar para escuchar, al fin, eso que podría convertirse en una novela. La pena era el pasaje entre su narración oral y mi escritura. Esa traición, podríamos

decir, donde se terminaba de falsear la ya débil realidad de los hechos. Yo llegaba a su casa dos o tres veces por semana, siempre después del almuerzo, con un pack de seis Heinekens, un litro de whisky y una bolsa de tabaco. Los insumos, les decía ella. Y entonces prendía el grabador y Katy hablaba.

Había sido investigadora de la Biblioteca Nacional y en su *research*, así la llamaba Katy, se había encontrado con un nexo inesperado que la mantuvo obsesionada hasta que la enfermedad, explicaba, irrumpió en su vida como una tormenta en la intemperie. Un cielo despejado de 28 años, pensaba yo. Katy había escuchado al médico decir que sin cirugía podía durar meses, a lo sumo un año, y que entonces su cuerpo iba a empezar a fallar y fallar hasta agotarse. Pero la operación tampoco me garantizaba nada, era apenas un retraso, un poco de tierra ganada al río, decía. Eso fue después. Cuando encontré el nexo yo era todavía demasiado inocente, una becaria inocente en un tiempo sin rumbo y sin motivo. Al escuchar esto no era fácil saber si se refería a su propia vida o al estado general de las cosas en el mundo. Encontré algo, un dato, nada que no pudiera descartar. Pasaba tantas horas leyendo en esa época que era difícil distinguir qué material podía abrir un camino o llevarme a un callejón sin salida. La Biblioteca había cambiado de directora y una de las novedades fue el Departamento de Cibercultura. Se suponía que íbamos a estudiar el impacto social de la cibernética y, sobre todo, el código de programación como si se tratara de una nueva forma creativa. Los viejos investigadores se negaron a participar, decían que el código no era texto y que un Schreiber nunca sería un escritor. Fuimos tres los que iniciamos en marzo del 37. Katy armaba

cigarrillos con sus manos temblorosas mientras contaba esta historia. Guiada por el tacto y la intuición, manipulaba el papel y el tabaco para después convidarme como si fuera yo el que necesitara referencias, el que no pudiera conectar con los elementos que nos rodeaban. El desarrollo del Treffen había generado una nueva ola de programadores jóvenes y talentosos. Se los conocía como Schreibers y habían fundado corrientes de programación minimalista, gótica, moderna. Decena de manifiestos que circulaban en la red. Los pequeños grupos de vanguardia querían desafiar las leyes de la programación estándar producida en Silicon Valley. Se escribían papers, monografías y hasta tesis doctorales sobre el estilo de un autor o sobre sus influencias. En esa época, decía Katy, dormía poco y por la mañana desayunaba una pastilla de Adderall antes de ponerme a trabajar. Revisé toneladas de código y me hice especialista en valores booleanos, loops y estructuras de control. Podía reconocer un buen código, un código limpio y fuerte, como antes podía identificar un buen poema o una gran novela. Se trataba de atajos, de astucia, de belleza en la secuencia lógica. Entonces me di cuenta de que, en el fondo, el diseño de una estructura dependía siempre de ciertas ideas sobre el lenguaje. Ciertas ideas sobre el comportamiento del lenguaje que funcionaban por debajo de la cadena de signos, eran los supuestos, lo que permitía el movimiento de las operaciones en el código. Un Schreiber consagrado, Haruka o alguno de sus socios en Berlín, escribe solo la matriz. Ahí se fija la filosofía de todo el sistema. Después eso es replicado por miles de obreros digitales en Bangalore o Shenzhen, por un sueldo que equivale al diez por ciento de lo que cobra un programador en Adlershof. Ellos no ven la lógica interna de la matriz, solo se limitan a multiplicarla para cubrir enormes espacios dentro

de la estructura. Si un supuesto está errado, si algo en la concepción general lleva en sí un defecto, los obreros indios o chinos no pueden hacer más que reproducirlo como un virus imperceptible. Y eso fue lo que pasó. Yo encontré la sombra de un error, algo más que un error, si se quiere, y lo hice sin darme cuenta. Perseguí esa sombra durante quince meses, desde julio del 37 hasta fines del año pasado, la perseguí en los ecos, en los rumores, en cualquier cosa que me acercara. Y fue en el último tramo de la investigación, decía, cuando la enfermedad se activó en mi cuerpo y escuché lo que escuché de boca del médico. Durante nuestros últimos encuentros, Katy pasaba las horas de la convalecencia en blanco, horas que iban desde la noche hasta las primeras luces del día siguiente, cuando el dolor al fin se extinguía y lograba dormirse. El sabor agrio en la boca, los ojos vidriosos, la debilidad en las manos. De esos materiales estaban hechos sus días.

17

[MeinGerät\Keiner\Materiales\Fichas\lym1

Creado viernes, 6 de abril de 2040, 19:06:31]

Ludwig Wittgenstein. Philosophische Untersuchungen. 1953. ¿La palabra dolor define el dolor? ¿Qué relación hay entre la palabra dolor y el dolor? Evidentemente las palabras no expresan, dicen; no hay expresión del dolor en la palabra dolor. Este es el límite de las palabras.

Yo pensaba en ese entonces en el diseño de este libro y estaba convencido de usar el tono de Jules Boissière en *Diario de un intoxicado*. La imagen de un hombre que viaja a Indochina y consume opio porque está solo y aburrido. Cansado de beber, cansado de jugar al dominó, empieza

a fumar. Al principio, dice, no le traía ningún placer. Fue apenas el medio más directo para acercarse a la gente, a su lengua, para iniciar algún tipo de relación con ellos. “Venían mandarines o letrados libres a conversar conmigo”, cuenta. Es la conversación y no el opio lo que lo arrastra. Es ese género circular en el que Boissière quedó atrapado. Las conversaciones no terminan, cesan. Como las novelas de Kafka. Me interesaba su esfuerzo por desdoblarse, me interesaba, sobre todo, su desapego: “Me propongo analizar mis sensaciones de fumador, desde el período de las primeras pipas, en las casas de juego, por la tarde, en trastiendas de mercaderes chinos, mientras mis ruidosos compañeros bebían en la primera sala”. Un hombre que se mira vivir y, con paciencia de falsificador, se describe. Ese era el único lenguaje que encontraba posible para esta historia.

En esos primeros meses, cuando visitaba a Katy, aprendí a disfrutar de su sistema aleatorio de asociaciones. La escuché decir, por ejemplo, que Marguerite Duras habría sido una buena Schreiber. Su trabajo con el lenguaje, decía Katy, hace pensar que las palabras le molestaban para decir lo que quería decir. Se habría llevado mejor con las funciones. En *El amante*, por ejemplo: “El gran coche negro estaba ahí, con, delante, el chofer blanco”. Katy citaba de memoria y decía que el objetivo de Duras era mostrar la sintaxis como impedimento. Eso mismo encontré en Haruka, explicaba, y por cosas así me propuse escribir su biografía. Después hablaba de la consistencia física del Treffen o de las sombras holográficas de las estructuras artificiales. Pero, en esas tardes que pasé con ella, lo que vi más nítido fue una melancólica preocupación por el lenguaje. Los muertos, dijo una vez, usaron nuestras palabras. ¿Alguien nota ese desgaste

cuando decimos, por ejemplo, *tierra*? ¿Y cuando decimos *piedra* o decimos *noche*? Son palabras que llevan mucho tiempo en el mundo. Alteradas, en sus cuerpos, las palabras, por el uso. Otros, supongo, dijo Katy, cargarán con lo que nosotros le hagamos a los signos.

[MeinGerät\Keiner\Materiales\Fichas\mq1

Creado sábado, 4 de diciembre de 2038, 21:03:57]

Stanislaw Lem. Summa Technologiae. 1964. ¿Pero de qué modo es posible enterarse de la existencia de la conciencia en la máquina? El problema no tiene solo un significado abstracto-filosófico, dado que la suposición de que cierta máquina que debe ir a la chatarrería porque no vale la pena arreglarla posee conciencia, transforma nuestra decisión de destruir un objeto material, como un tocadiscos, en un acto de aniquilación de una personalidad, en un exterminio consciente. Alguien podría equipar el tocadiscos con un interruptor y un disco, así, cuando lo moviéramos de lugar, oiríamos unos gritos: “¡Ah, te ruego, perdóname la vida!”. ¿Cómo se puede diferenciar entre un aparato indudablemente carente de espíritu de una máquina pensante? Solo iniciando una conversación con ella. El matemático inglés Alan Turing, en su obra *¿Puede pensar una máquina?*, propone como criterio decisorio el “juego de imitación”, que consiste en formular preguntas arbitrarias a alguien para, según sus respuestas, sentenciar si ese alguien es un ser humano o una máquina. Si no somos capaces de distinguir entre máquina y ser humano, será necesario reconocer que esa máquina se comporta como un ser humano, o sea, que posee conciencia.

La *research*, explicaba, la llevó a los avatares conmemorativos, pequeños algoritmos programados para reproducir el discurso de una persona que había muerto. La idea era vender a sus familiares y amigos la experiencia de volver a hablar con sus seres queridos. Encuentros breves, que era todo lo que podían soportar en ese entonces las inteligencias artificiales, como una nueva ceremonia de duelo. Su Schreiber había sido Ulises, el diseñador de objetos en el Treffen. La empresa lanzó la actualización durante tres o cuatro meses, en el 35, pero fueron retirados sin ninguna explicación. El comunicado oficial se limitó a hablar de código dañado. Busqué y busqué, pero la información era superficial. Había algunos testimonios sobre actividad *weird* en los chats muy poco confiables. Rumores que iban mejor con un documental de History Channel que con una investigación académica. Debería haber seguido de largo, decía Katy, no detenerme en esa tontería. Pero entonces encontré una serie de artículos de Haruka cuando todavía era una joven promesa de Adlershof con apenas 24 años. Ahí citaba ciertas teorías del lenguaje que se habían producido acá, en este país, en una experiencia que ella llamaba la Escuela Argentina y que había tenido lugar en los años setenta. Ese era el nexos. Haruka decía estar desarrollando un nuevo tipo de bots a partir de los principios que habían hecho funcionar la máquina diseñada por la Escuela Argentina y esa máquina recibía, en algunos artículos, el nombre de Hermes. Es típico, un saldo técnico producido por militares que después se reconvierte para usos domésticos, ¿no había sido eso mismo internet? Los artículos eran del 26, nueve años antes del lanzamiento de los avatares conmemorativos y dos años antes de la aparición del Treffen. Busqué información sobre Hermes pero no había más que puntos ciegos. Una

experiencia clandestina, al servicio de la represión, lo más probable era que hubieran borrado los registros, si es que alguna vez los hubo. Pero, ¿cómo había accedido Haruka a los rastros de esa máquina? Otra vez Katy pensó en renunciar. Había estado persiguiendo un camino que no llevaba a ningún lado. Era el verano del 38. Desde el punto en el que estaba, me dijo, solo podía ver el polvo que cubría la historia. Sin profundidad. Fue entonces que encontró los cassettes. Veintitrés cassettes TDK AD C60 que se habían archivado con la etiqueta Hermes en agosto del 19. Las etiquetas solo contenían números, que Katy supuso era un orden cronológico. Por lo demás, no había nombres ni fechas ni datos sobre el material. Estaba a punto de abandonar cuando una compañera me sugirió que visitara el archivo analógico de la Biblioteca. Ahí están los muertos, recordaba Katy que había dicho, entre risas, su amiga. Las escuchó en una semana de trabajo. Era una serie de entrevistas inconexas, con información absurda y caótica, pero en algunas de esas conversaciones se hablaba de la máquina, de Hermes. Escuché a hombres y mujeres, decía Katy, pude imaginar la muerte brillando en sus ojos, temblando en sus manos, ardiendo en su respiración. Había conseguido convertir el contenido de los cassettes en archivos digitales que ahora guardaba en su Gerät. Katy me iba a permitir copiarlos en uno de nuestros últimos encuentros, ya internada en el hospital, mientras su cuerpo se apagaba. Voces fantasmales, decía, detrás de la estática de la grabación. Y en ellas, la sombra de un escritor que había colaborado en la programación de Hermes y que había fundado así, sin poder saberlo, algunas de las nociones con las que Haruka diseñaría el Treffen cincuenta años después. Miguel Jemand. El nexa.

[MeinGerät\Keiner\Materiales\Fichas\i6

Creado viernes, 15 de junio de 2040, 18:46:57]

Patrick Radden Keefe. Chatter: Dispatches from the Secret World of Global Eavesdropping. 2005.

Keefe fue estudiante de Yale. Periodista. Investiga en este libro el entramado de inteligencia global. El 24 de enero de 2000 el sistema de escuchas telefónicas de la National Security Agency (NSA) sufre una parálisis. El software falla. Durante 72 horas el sistema queda completamente inútil. La crisis es de sobrecarga. El Ciclo de Inteligencia inicia con la planificación, después viene la recolección de material en bruto, más tarde la selección y el análisis, por último, los informes. A partir de ahí reinicia. El problema es que estos ciclos no son sucesivos sino paralelos. La información en bruto se acumula en el sistema. La producción de información, a medida que crece, entorpece el análisis. Mientras más gente se conecta a las líneas telefónicas, más datos se pierden. En julio de 1999 un senador demócrata lo explicó así en el Capitolio: “La dificultad no es solo la de encontrar una aguja en un pajar, el problema es que el pajar es cada vez más grande y más difícil de inspeccionar”.

[Cassette N° 2, Lado A] Escuché hablar de la máquina por primera vez en el 78. Ya estaba en el D.F. y nos reuníamos todos los exiliados en casa de César que era abogado, pero había empezado a trabajar como periodista para *La Jornada* y estaba juntado con una mexicana que no entendía nada de lo que pasaba en Argentina. Era muy jovencita y hermosa y tenía un nombre que nunca me puedo acordar. [Pausa] Un

nombre que no había escuchado antes, pero era hermoso y estaba tan lleno de inocencia como ella. [Pausa] Yo creo que nosotros le arrancamos eso, ¿no? La inocencia. Fue como que la despojamos sin querer. [Pausa] Pero mirarla me hacía bien, ¿sabés? Siempre pienso en ella cuando recuerdo esos años. Nos escuchaba hablar y se llevaba las dos manos a la boca y se le llenaban los ojos de lágrimas y ese gesto que ella nos prestaba a nosotros era como un volver a sentir una mano después de tenerla mucho tiempo dormida. Esa mezcla de dolor y cosquilleo y alivio. Porque todo lo que habíamos vivido y escuchado en esos años nos había como anestesiado y ya no sabía ante qué debía uno horrorizarse o vomitar o insultar a dios o simplemente levantarse, ponerse el abrigo, salir a la calle. [Pausa] Y cuando llegaba alguien nuevo eran sesiones interminables de escuchar y conectar nombres, datos, fechas. Nuestras ciudades se habían convertido en corredores para las versiones que siempre teníamos que corregir o aumentar porque todo estaba incompleto. Debe haber estado con este, lo deben haber llevado a tal lado, seguramente conocía a tal. Larguísimas noches que soportábamos con tabaco y vino y hasta con alguna pastilla. [Pausa] Llegó esta chica, te decía, y debió ser antes del Mundial porque después la sensación de derrota era tan grande que ya no fui capaz de escuchar más. [Pausa] Cuando me acuerdo de esa época tengo el recuerdo de haber dormido años enteros, ¿sabés? [Pausa] Pero llegó esta chica que había estado clandestina, cambiando de ciudad, de nombre y viendo cómo caían sus compañeros, incluso su marido y su hermano, y ella nos dijo que habían caído por la máquina. ¿Qué máquina?, preguntó alguien. Y ella habló de una reunión de seguridad que habían tenido en el partido. Les habían dado, dijo esa noche, consignas de seguridad

muy estrictas, era una reunión de emergencia, imagínate, y alguien habló de los teléfonos. Les pidieron que hicieran una lista de palabras prohibidas para hablar por teléfono porque se sabía ya de la máquina. [Pausa] Graban las conversaciones, les había dicho el compañero, pero solo se activa la grabadora con ciertas palabras. Y entonces empezaron a proponer esta y aquella. No se podía decir cita ni reunión, por ejemplo. Acordaron hablar de cenas, almuerzos, pícnicos como equivalentes a reuniones y no pasarse nunca direcciones exactas ni nombres.

Katy, ya ciega, usaba un Gerät adaptado para funcionar por dictado. Ahí dejaba notas de voz, apuntes, ideas sueltas sobre la composición de este libro. También algunas tareas pendientes que yo tenía que retomar. Su dependencia del dispositivo era, como en cualquiera de nosotros, definitiva. El Gerät es el territorio donde se concentra la identidad digital de millones de personas en el mundo. En él confluyen movimientos bancarios, redes sociales, frecuencias de interacciones, documentos legales, información médica para emergencias, agenda de contactos, historiales completos de búsquedas en la red, galerías de fotos, conversaciones por chat, mensajes de audio, música, libros, películas, estados de deuda en diferentes entidades, registros de videollamadas que van desde reuniones de trabajo hasta encuentros con amigos o sesiones de terapia, correos electrónicos, calendarios laborales y memoria de rutas en G-Maps. Se puede reconstruir la vida completa de una persona partiendo de esos datos. Si acordamos, decía Katy, que algo de todo eso tiene que ver con la vida. Y todo está hecho de bits, de enormes secuencias de lenguaje binario. ¿Dónde está el aura, se preguntaba, de eso que insistimos en llamar yo?

Recuerdo ahora su cuerpo, pequeño y gris, sobre la cama, bajo la tutela de las sábanas blancas de algodón. El olor de la acaróina en la habitación. Hacíamos pausas, nos dejábamos distraer por lo que nos rodeaba. Una vez recibí un mensaje de audio y Katy, desde la quietud de su cama, decía: la última vez que escuché la voz de mi padre fue a través del portero eléctrico. Habíamos cenado, nos despedimos y cuando bajaba en el ascensor me di cuenta de que había dejado el paquete de cigarrillos sobre la mesa. Toqué el timbre en planta baja: te dejo un atado para pasar la noche, le dije. Te quiero, me respondió. Y eso fue todo. Murió una semana después. Su voz metálica, interferida, viajando por los cables escondidos detrás de la pared. El último contacto que tuvimos lo administró una máquina, dijo. Ese tipo de escenas era lo que Katy llamaba *los materiales*.

[MeinGerät\Keiner\Materiales\Fichas\mq2

Creado lunes, 6 de diciembre de 2038, 09:08:16]

Tristan Tzara. Nadie puede escapar de la máquina. Solo la máquina puede darte la posibilidad de escapar del destino.